

Evolución y terrorismo suicida: las raíces biológicas del altruismo letal

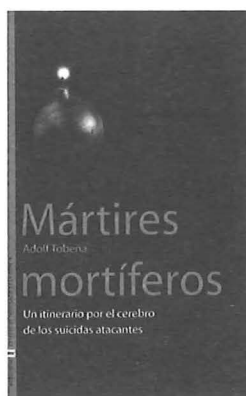
Laureano Castro Nogueira

Darwin era consciente de la dificultad que entrañaba para su teoría de la evolución por medio de selección natural la existencia de rasgos en los seres vivos que disminuían sus posibilidades de supervivencia. Particularmente interesante y difícil le resultó encontrar una explicación convincente para determinados comportamientos, calificables de altruistas, presentes en algunas especies animales y, sobre todo, en la humana. Se trata de conductas que exhiben algunos individuos que contribuyen a aumentar la eficacia biológica de sus congéneres a costa de disminuir la propia. Darwin supuso que estos comportamientos altruistas se mantenían porque beneficiaban al grupo, aunque supusiesen un perjuicio a nivel individual. En *The Descent of Man*, arguye que la selección entre grupos puede ser importante en la especie humana: «Una tribu que incluya muchos miembros que, poseyendo altos grados de patriotismo, fidelidad, obediencia, coraje y simpatía, estuvieran dispuestos a ayudarse mutuamente y a sacrificarse por el bien común, alcanzaría la victoria sobre otras tribus; y esto sería selección natural». Desde entonces, la búsqueda de explicaciones para estos comportamientos ha supuesto un tema recurrente para la teoría evolutiva. En los años sesenta del pasado siglo, la selección de grupos darwinista fue complementada, en la práctica podría decirse que sustituida, por otros modelos explicativos como la «se-

lección de parientes» y el «altruismo recíproco». Sin embargo, la idea darwinista de la selección de grupos ha recobrado recientemente su pujanza para dar cuenta de aquellos comportamientos altruistas, tan frecuentes en los humanos, que se dirigen a miembros de la población sin relación de parentesco y en los cuales no parece estar implicado un mecanismo claro de reciprocidad (Sober y Wilson, 2000; Richerson y Boyd, 2005).

Un caso especial de comportamiento altruista, tristemente célebre en los últimos tiempos, es el denominado altruismo suicida que induce a algunos individuos a inmolarse en público con la intención de causar el mayor número de muertos posibles entre los miembros de un grupo rival, al que pretenden desestabilizar. Las preguntas se acumulan. ¿Qué lleva a un individuo a disponer de su vida para infligir al enemigo un daño que en la mayor parte de los casos, aunque terrible, no suele ser decisivo pa-

ra la suerte del conflicto, y a veces es casi testimonial? Las investigaciones más recientes sobre el tema señalan que los terroristas suicidas no muestran rasgos psicopatológicos apreciables y que son individuos con un nivel educativo y económico por encima incluso de la media de su grupo (Atran, 2003). Si, como muestran esos estudios, son individuos normales ¿cómo es posible que el proceso evolutivo haya dado lugar a una naturaleza humana compatible con ese tipo de conducta, capaz de reaccionar de esa manera? Aún asumiendo dicha normalidad ¿tienen rasgos característicos los terroristas suicidas?, ¿qué resortes psicológicos les llevan al suicidio? A éstas y a otras muchas cuestiones intenta dar respuesta el libro *Mártires mortíferos*, objeto de esta reseña. Su autor, Adolf Tobeña, que recibió el «Premio Europeo de Divulgación Científica Estudi



Adolf Tobeña

Mártires mortíferos.

Un itinerario por el cerebro de los suicidas atacantes

Valencia, PUV-Càtedra Divulgació de la Ciència, 2005
274 pàgs.

General 2004» por este texto, es catedrático de Psicología Médica y Psiquiatría en la Universidad Autónoma de Barcelona y ha publicado numerosos trabajos en los que investiga y reflexiona sobre las bases neurobiológicas de distintos aspectos del comportamiento humano.

El planteamiento que propone Tobeña trata de introducir factores explicativos de tipo psicobiológico y evolutivo en un campo de análisis que hasta ahora ha sido exclusivo de las ciencias sociales y ha ignorado casi completamente esta perspectiva. Su hipótesis de trabajo puede resumirse como sigue. Las causas inmediatas del altruismo letal hay que buscarlas inevitablemente en la fuerza pasional que suscitan en los seres humanos determinadas doctrinas totalizantes cuando son compartidas por un grupo. Nos referimos a aquellas creencias, fundamentalmente las de tipo religioso, étnico nacionalista y los grandes idearios utopistas, que aspiran a imponer una determinada forma de vida y visión del mundo a toda la comunidad. Es éste un atributo psicológico de nuestro cerebro que causa auténtica perplejidad, sobre todo, cuando uno puede mirarlo desde la distancia, ajeno al influjo de las burbujas cognitivas que engendran los diferentes imaginarios colectivos. El autor defiende que las raíces biológicas de esa pasión doctrinal deben rastrearse en las tendencias prosociales, presentes de manera muy acusada en los seres humanos, que promueven un sentimiento de lealtad al grupo, una suerte de instinto tribal que regula no sólo las interacciones cooperativas dentro de grupo, sino también las interacciones y los conflictos entre comunidades humanas. Para que dicho instinto pueda funcionar es imprescindible, como apunta muy bien Tobeña, que existan mecanismos de reconocimiento intragrupal fiables. Los capítulos 2 y 3 del libro están dedicados a sintetizar la evidencia disponible a partir de la biología evolutiva, la psicología social y la neurociencia sobre la evolución de los

sentimientos a favor del grupo y de los marcadores que facilitan el reconocimiento. Se trata de una recopilación de los principales trabajos científicos en este campo que de por sí confiere un gran valor al texto, ya que pone a disposición del lector no especializado una síntesis muy bien elaborada sobre estas cuestiones. De su análisis se desprende que las doctrinas totalizantes que promueven el terrorismo suicida utilizan esos mecanismos neurocognitivos responsables de la lealtad y de la identificación intragrupal para maximizar la conflictividad entre las sociedades humanas.

La parte más original de su propuesta la encontramos en el capítulo 4, en el que Tobeña trata de analizar cuáles son los factores de personalidad que inciden en que unos individuos sean más sensibles que otros al influjo de esas doctrinas y los hacen, en definitiva, más proclives a convertirse en militantes activos de los grupos terroristas. Hay algunos atributos que están casi siempre presentes: la juventud, la ambición y la afición al riesgo extremo. También suele ser una constante el auto-reclutamiento voluntario de los que se integran en esas células combativas. Tobeña va un paso más allá y distingue entre rasgos que potencian que el individuo llegue a ser un líder del grupo y aquellos que le llevan a convertirse en un soldado de a pie, en un altruista letal. Tres son los ejes o vectores de personalidad que, en función de la posición donde se sitúen los individuos, influyen de manera significativa en el resultado de esa disyuntiva. El eje grupalismo-egoísmo define a los líderes como individuos más insolidarios y egoístas que los simples combatientes, normalmente más predispuestos al altruismo grupal; el eje sumisión-dominancia otorga a los jefes una mayor propensión hacia el autoritarismo y la dominancia; por último, el eje doctrinarismo-empirismo, aunque debe estar desplazado siempre hacia posiciones doctrinarias, confiere a los cabecillas un papel más activo, de fanatizador carismático, mien-

tras que relega al militante de base a un rol más pasivo, de crédulo fanatizado. Rasgos temperamentales como mesianismo, narcisismo, psicopatía, maquiavelismo y ambición deben ser comunes entre los líderes, mientras que otros como dogmatismo, credulidad, espíritu de aventura, obediencia y empatía abundarán entre los seguidores.

Tobeña considera, en mi opinión con acierto, el martirio mortífero como una variante del comportamiento moral humano. El capítulo 5 lo dedica a explorar el significado evolutivo de la moralidad y los escasos datos que se conocen sobre su posible base neurobiológica. Aunque produzca horror esa falta de empatía que se deriva de la cosificación del otro, el altruista suicida actúa habitualmente bajo el influjo de un criterio moral que le permite no sólo considerar sus acciones como correctas, sino sentir un legítimo orgullo por su heroísmo que le proporcionará dignidad y honores dentro de su comunidad. Los seres humanos actuamos en clave de bueno y malo y los suicidas mortíferos no son de ningún modo una excepción.

Los últimos capítulos los dedica el autor a un análisis de las principales doctrinas totalizantes: las de tipo étnico, incluyendo las diversas variedades de nacionalismos modernos, y las inspiradas en un vector religioso. Radica la fuerza de las primeras en el fuerte anclaje biológico que poseen los sentimientos etnocéntricos que llevan a considerar la cultura propia no sólo singular y diferente, sino moralmente superior a cualquier otra. Considera Tobeña que también hay indicios suficientes de la existencia de una raíz biológica para la credulidad, la proclividad devota y las vivencias espirituales. El poder de la religiosidad vendría dado por su capacidad para aglutinar ensamblajes comunales y azuzar la conflictividad entre las sociedades humanas.

El capítulo final lo emplea el autor en aplicar sus ideas al análisis de dos fenómenos terroristas concretos: el de los etarras

y, sobre todo, el de raíces islamistas. Haciendo gala de prudencia, pero con decisión, trata de contrastar, hasta donde la evidencia disponible lo permite, el núcleo central de su propuesta indagando sobre los motivos que conducen a que una minoría de individuos traspase el umbral de la no violencia y se decante por opciones de combate terrorista. Tobeña es consciente de que, dada la naturaleza del problema, las conclusiones no pueden ser sino provisionales y en todo caso discutibles. Lo que, sin embargo, resulta incuestionable es la valiosa aportación que supone este ensayo a la comprensión de un tema tan especialmente polémico y complejo.

No quisiera terminar este comentario sin hacer hincapié en lo que en mi opinión constituye el elemento primordial de este fenómeno. Me refiero a lo que Tobeña denomina el eje doctrinarismo-empirismo. El aprendizaje individual en animales y humanos está basado en la comprobación empírica, en el ensayo y error, que permite a través de las estructuras valorativas de las que dispone el cerebro categorizar como favorable o desfavorable una conducta. La observación facilita en algunos animales el aprendizaje social de conductas que exhiben otros individuos, pero la categorización de las mismas como positivas o negativas sigue siendo un fenómeno individual en el que cada uno pone a prueba lo aprendido. La transmisión cultural humana requirió un añadido nuevo: la posibilidad de transmitir el valor que tiene una conducta, su categorización como buena o mala, a través de la reprobación y la aprobación de la misma por parte de los otros individuos del grupo, sin necesidad de contrastar dicho valor empíricamente (Castro y Toro, 2002; Castro y Toro, 2004). La reprobación permite adquirir conocimientos sobre aquello que no debemos hacer sin tener que experimentar conductas peligrosas; la aprobación facilita la adopción de comportamientos cuya evaluación favorable no es inmediata; ambas, apro-

bación y desaprobación, incrementan la fiabilidad en los procesos de imitación, imprescindible para que se produzca la transmisión cultural acumulativa característica de nuestra especie. La eficacia adaptativa de esta transmisión de valores constituye, en mi opinión, la raíz biológica de la credulidad, de la docilidad humana ante los aprendizajes doctrinales. El sistema funciona porque los individuos buscan el reconocimiento de los otros, la alegría compartida ante lo que se reconoce como bueno, y es en esa búsqueda cuando puede surgir el sacrificio extremo que conduce, entre otros fenómenos, hasta los mártires mortíferos.

Laureano Castro es biólogo y profesor de la UNED-Madrid

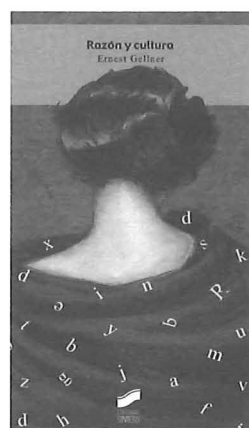
Bibliografía

- ATRAN, S. (2003): «Genesis of suicide terrorism», *Science*, 299, págs. 1534-1539.
- CASTRO, L. y TORO, M.A. (2002): «Cultural Transmission and the Capacity to Approve or Disapprove of Offspring's Behaviour», *Journal of Memetics - Evolutionary Models of Information Transmission*, 6, <http://jmemit.cfpm.org/2002/vol6/>
- (2004): «The evolution of culture: from primate social learning to human culture», *Proceedings of the National Academy of Sciences, USA*, 101, págs. 10235-10240.
- RICHESON, P. J. y R. BOYD (2005). *Not by Genes Alone*, Chicago, The University of Chicago Press.
- SOBER, E. y D.S. WILSON (2000). *El comportamiento altruista*, Madrid, Siglo XXI de España Editores.

El desafío racionalista

Gerardo López Sastre

Este libro trata de un tema de la mayor importancia, determinar cómo ha surgido una cultura –la nuestra, la occidental moderna, podemos aclarar con cierto orgullo– que hace posible la comprensión científica de la naturaleza y su dominio tecnológico. En suma, lo que se nos propone es trazar una historia del racionalismo. El tratamiento es de carácter ensayístico, con lo que queremos indicar que no se pretende ofrecer un estudio exhaustivo sobre el tema en cuestión. Lo que se hace es apuntar unas líneas explicativas, pero lo suficientemente sugerentes como para que el libro resulte inapreciable. Sus grandes protagonistas son Descartes, Hume y Kant; y en menor medida Durkheim y Max Weber.



Ernest Gellner

Razón y cultura.

Traducción de Carmen Ors Marqués
Madrid, Editorial Síntesis, 2005
240 págs.

Descartes, al que con justicia podemos considerar uno de los padres intelectuales del mundo moderno, quiso que sus opiniones se basaran en unos fundamentos que fueran únicamente suyos, pues pensaba que sólo sería digno de confianza aquello que él mismo hubiera comprobado. En este sentido era un individualista, alguien que quiso –en un sentido secular– renacer, tirar por la borda (o, al menos, examinar críticamente) todo lo que hubiera recibido por accidente, en función de la historia que le había precedido y de las costumbres en que había sido educado. En suma, intentaba liberarse de la cultura. ¿Cómo podríamos quitarnos de encima esta heren-